



¿Qué hacemos en el tiempo?

Carmen Arely Cadena Pérez

carely17cp@gmail.com

(Tlaquepaque, Jalisco, México.)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Ernesto cayó en la cuenta de que su vida había estado destinada a llegar hasta ese punto: en que salía con la bendición de su madre y llegaba a su casa, irremediabilmente, con la sangre de su padre embarrada hasta los codos. Decidió, porque ya que se supo culpable de su propio destino creía que podía decidir, regresar a casa y tomar un baño.

Apenas unas horas antes, Ernesto bajó el puente peatonal, sin prisa. Se encontró con la escena de siempre: había tantos vendedores que el lugar, a plenas seis de la mañana, parecía un mercado; tomó una calle lateral, una salida a otra avenida importante. Caminó bajo el cobijo de la oscuridad, mientras a lo lejos, como si de repente hubiera caminado mucho, las luces de los locales se extinguían a su espalda. Buscaba la vida, como él se refería a sus robos, a sus veinte años.

Mientras caminaba, pensó en la voz de su madre que, como todas las mañanas, le dio la bendición y, como todas las mañanas, a él le dio mucha pena no atreverse a decirle que en la obra no le pagaban tanto, que esas cantidades de dinero, con las que tenían para comer y para pagar las deudas, salían de otras personas que, inocentes y ajenos a su historia de necesidad, eran las víctimas, como un sacrificio, para luchar contra la pobreza que los acechaba.

Avanzó por algunos minutos, sin un rumbo fijo, hasta que llegó a una larga calle donde localizó a lo lejos a su víctima, iluminada apenas por la luz tenue de una lámpara: era un hombre que bajaba una llanta de su Tsuru negro. Ernesto se fue acercando lentamente, aprovechando los árboles, los postes y los carros para mantenerse oculto en la oscuridad.

Mientras se acercaba, la escena se le hizo familiar: la calle, los autos, el hombre, incluso el silencio del amanecer. Recordó que su padre, al que su memoria se había dedicado a enterrar en un rincón de los recuerdos, tenía un Tsuru negro. Conforme más se acercaba, aumentaba la sensación de familiaridad, como



un *déjà vu* que lo empujaba aún más a seguir avanzando. Se acercó por detrás, y pudo ver que al Tsuru se le había ponchado la llanta; también pudo ver que la puerta del copiloto estaba abierta y que ahí había una cartera y un celular. Se le ocurrió, mientras luchaba con la familiaridad del evento, que podía acercarse discretamente y tomar las cosas e irse; pero el hombre iba y venía, maldiciendo, parecía no estar seguro de cómo cambiar la llanta. Ernesto lo atacó por la espalda.

Cuando se lanzó sobre él, como lo había hecho con otros tantos, para solamente dominarlos con su peso, que rondaba los ochenta kilos, la sensación de familiaridad terminó por ahogarlo en recuerdos: el olor del hombre, la escena en sí. Su ataque no fue efectivo y aquel hombre pudo soltarse.

— ¿Crees que no me la sé, chamaco pendejo?

Y el hombre dejó caer todo su peso sobre él, seguramente unos noventa kilos, y empezó a golpearlo con su puño izquierdo mientras Ernesto, mitad en el mundo real, mitad luchando contra las memorias que se iban recuperando, ya sabía por qué se le hacía familiar: aquel hombre era su padre.

*

Con sus ocho años mal vividos, Ernesto mira a su madre en silencio; ella le mantiene la mirada. No se dicen nada, ninguno toca el desayuno porque ambos fueron golpeados por "El tigre", el apodo que el padre de Ernesto usa para pelear en las noches de boxeo los fines de semana. El dolor de la mandíbula, la hinchazón de la cara, no los deja comer. "El tigre" decidió anoche que ambos lo habían llevado al límite y que ninguno de ellos le estorbaría en la búsqueda de sus sueños.

Su casa, apenas de un cuarto, un baño, una pequeña cocina, una pequeña sala y un patio, apesta a sudor y a humedad. En la sala, si es que así se le puede llamar, solo hay pesas, cuerdas y un saco de boxeo colgando que amenaza con pronto tirar el techo. Y junto a la puerta, en una bolsa negra, las deudas están acumuladas, esperando el día en que "El tigre", más bien, su esposa, pueda pagarlas.

Ernesto y su madre comparten, en silencio, una complicidad de ojos café claro, que es cortada por la voz de su padre.

— Ya estuvieras en el carro, cabrón.

Su padre toma las llaves y se pone su perfume apestoso, el que él y su madre tanto odian. Ernesto toma su mochila y se acerca para besar a su madre en el cachete. Ella abraza al niño con fuerza.

— Perdón. Todo estará bien. Te amo.



Él la mira y asiente, confía en que todo estará bien, porque ya tienen un plan: van a huir, solo quieren esperar a que llegue el sábado, que "El tigre" Hernández vaya a pelear, jurando que esta vez sí ganará y que pronto su sueño de ser boxeador profesional se hará realidad; tras su victoria o derrota, da igual, solo tienen que esperar a que se emborrache.

Son las cinco cincuenta de la mañana. Ernesto se sube al carro, el Tsuru negro que su padre tanto cuida, porque les jura a sus amigos que lo llevará a la fama.

En el camino hacia la escuela Ernesto no habla si su padre no se lo pide. Lo escucha quejarse, mentar madres y padres, y Ernesto observa el tráfico en el periférico. Los carros avanzan con lentitud y su padre, tan desesperado por deshacerse de él y llegar a entrenar, toma una lateral, sin estar seguro de cómo va a llegar hasta la escuela a través de ese camino. Avanza varias calles, mientras el tráfico se desvanece por el retrovisor, da una vuelta a la derecha, por una calle vacía, llena de árboles y autos viejos varados desde hace mucho tiempo. De repente el sonido de una explosión los asusta.

Fue la llanta delantera, se ponchó. Su padre avanza un poco, raspando el metal de la base contra el pavimento. Los reclamos van hacia el pobre Ernesto: que si porque se había tardado, que porque siempre estaba jugando en la cochera y seguramente algo había hecho. El niño escucha y baja la cabeza, como tiene que hacer siempre que su padre lo regaña. Puedo escuchar cómo su padre se baja del coche y abre la cajuela. Lo escucha maldecir, ir del frente del carro a la cajuela, bajando y subiendo cosas, intentando cambiar la llanta, golpeándola. Ernesto se mantiene en silencio, con la cabeza baja, tratando de ignorar a su padre, concentrándose en el dolor de la mandíbula, que amenaza con caerse. Hasta que escucha un ruido que lo hace levantar la cabeza, y la voz de su padre, que grita, lo asusta:

— ¿Crees que no me la sé, chamaco pendejo?

Y cree que se dirige hacia él, pero cuando se desabrocha el cinturón y se asoma por la ventana, temiendo lo peor, puede ver a su padre golpeando a una persona en el piso.

*

Doce años habían pasado. Había olvidado por completo el dolor que aquella mano izquierda causaba. Durante toda su infancia había deseado que esa mano pudiera llegar a ser lo suficientemente fuerte para llevar a su padre a su sueño de ser boxeador y ya por fin dejarán, él y su madre, de ser víctimas de sus fracasos. No había mucho tiempo para recordar aquella infancia, porque en ese momento recordó



toda la escena, vista desde allá arriba, desde la ventana del Tsuru. Recordó entonces que su padre forcejeaba con un hombre, al que le ponía la paliza de su vida, y recordó que vio una navaja en el asiento del copiloto, y que, cuando su padre se levantó de golpear al hombre, él le aventó la navaja, en un intento repentino de querer que todo terminara.

Su padre, a Ernesto no le cabía duda de que era él, efectivamente se levantó, burlándose y repitiendo, “¿sabes con quién te metiste?”. Iba a recargar pilas, a estirar los músculos, y Ernesto pudo ver una mano infantil que salió un poco del auto y le aventó un objeto al suelo. Y fue por instinto, por repetir lo que había visto hacía doce años, que Ernesto tomó el objeto, vio que era una navaja, la sacó y con todas las fuerzas que tenía, que no eran muchas, se levantó y se abalanzó sobre su padre, con la navaja de frente.

Fueron más de diez puñaladas las que le dio. Y hubiera podido seguir, pero de repente recordó al niño en el carro. Se preguntó si no había soñado todo, si toda su vida a partir del día en que vio a su padre ser asesinado no había sido un sueño. Pero no, la cara le sangraba, la mandíbula le punzaba, justo como aquella vez, cuando estaba del otro lado. Se levantó y se asomó al carro, y vio al niño: era él. Él, Ernesto de doce años atrás. Por un momento, no supo cuál de los dos era, porque ambos se miraban fijamente. Y sin saber qué decir o qué preguntar, el Ernesto de veinte años dijo:

— Dile que huyó, que fue a perseguir su sueño de ser boxeador, que te bajó en una parte del camino y no supiste más.

El pequeño Ernesto, así como él aquella vez, no pidió explicaciones, y se bajó del Tsuru: sabía lo que tenía que decirle a su madre. Se miraron por última vez, el pequeño Ernesto sin saber que aquel que veía era él mismo; el Ernesto grande sin saber cómo era posible lo que estaba pasando. Se miraron a través de sus ojos café claro, hinchados, punzantes. Miraron el cuerpo de su padre y cada quien tomó un camino. Entonces Ernesto fue consciente, mientras caminaba, de que el destino del pequeño estaba trazado ya: todo lo llevaría hasta ese momento, donde tendría que enfrentarse a ser el asesino de su padre.

A la distancia el mercado iba apareciendo, mientras la oscuridad se disipaba. Se refugió en la idea de que podía elegir sobre su destino, a fin de cuentas, de niño se dio el arma para, de joven, asesinar a su padre. Entonces, creyéndose dueño de su destino, iría a su casa a tomar un baño, a limpiarse su sangre y la sangre de su padre, y ahora sí, buscaría un mejor trabajo. No sería como su padre, un soñador que hería por no alcanzar sus metas. No. La sangre de su padre no se habría de escurrir en vano.



*

Pasarán ocho años cuando se vuelvan a encontrar. “El tigre” Hernández tendrá diez y ocho años, una esposa embarazada y un trabajo con poca paga cuando Ernesto, de veintiocho años, ya como chofer de una empresa y con un salario estable, se lo tope en un bar de paso. Entonces Ernesto no reconocerá que el tiempo dejará de funcionar como siempre, que el joven frente a él, bromeando con los hombres del bar y retandolos a pelear, jurando que va a ser un gran boxeador, será su padre. No sentirá la familiaridad en el joven, como aquella vez cuando lo asesinó. Y “El tigre”, como le dirán a Fernando por su instinto territorial, será, de acuerdo a palabras de los que asistirán a las peleas de box locales, un boxeador con futuro, pero un soñador con poco carácter. A Fernando los promotores no le verán mucho futuro, por su carácter tan inestable y su vanidad, pero ya le habrán conseguido una pelea importante que, de no ser el tigre como será, lo llevaría al éxito.

Pero esa noche, en que padre e hijo se toparán sin conocerse, “El tigre” retará a Ernesto porque, decía, se había sentado en su lugar. Ernesto, tranquilo, sin tomarlo en serio, se negará a pelear y el joven se abalanzará sobre él. Lo tirará de la silla en que estará sentado y lo empezará a golpear con la mano izquierda. Pero la caída será suficiente. Ernesto morirá instantáneamente y “El tigre” saldrá huyendo.

Y será así que “El tigre” huirá, cargando con su esposa embarazada, con su carácter inestable y con la carga de un muerto de ojos café claro, al que culpará de sus fracasos, y al que encontrará cada vez que mire a su hijo y a su esposa. Y a partir de ese momento no le importará la sangre que se derrame si él algún día logra su sueño.